

‘Nuevo Occidente’

[Miguel Ángel Moratinos](#)

Superados el colonialismo y la guerra fría, es necesario refundar el concepto de Occidente, que no ha de ceñirse a la geografía, sino basarse en el multilateralismo y valores compartidos y abrirse a otras zonas como América Latina.

Hablamos de un nuevo Occidente en contraposición con otro ya caduco. Este viejo Occidente es antes que nada el colonial, que acabó generando opresión y explotación en nombre de una supuesta misión civilizadora. Otra noción superada de Occidente es la de la guerra fría, ya que una vez desaparecida la Unión Soviética ha perdido todo el sentido que pudo tener. Finalizada esta etapa de bipolaridad, Estados Unidos queda como la única verdadera superpotencia —la "hiperpotencia" en el término acuñado por Hubert Védrine— y viven un momento unipolar. Sin embargo, la tentación unilateralista acaba siendo descartada años después, ya que produce efectos contraproducentes. EE UU no puede modelar el orden internacional en solitario y su poder no se traslada en una mayor capacidad de influencia, sino todo lo contrario.

Si Washington ha renunciado a la idea de liderar por imposición, Europa ha descartado también su definición como contrapeso al poder norteamericano. Estamos por tanto ante la oportunidad de rediseñar las relaciones transatlánticas e iniciar una nueva etapa de concertación para lidiar en común con los grandes desafíos de nuestro tiempo: el terrorismo, la proliferación de armas de destrucción masiva, la lucha contra la pobreza, la protección del medio ambiente o las pandemias, entre otros. Pero esta renovación de los vínculos a través del Atlántico exige una revitalización de los valores que son la razón de ser de Occidente. Ello requiere antes que nada un análisis crítico de las luces y las sombras de la herencia occidental para no olvidar nunca las lecciones del pasado. En efecto, no estamos inmunizados permanentemente contra errores como el imperialismo, el nazismo y el estalinismo y debemos por tanto permanecer vigilantes. Al mismo tiempo tenemos que inspirarnos en esas grandes realizaciones de las que nos sentimos más orgullosos: el

triunfo sobre los totalitarismos en el siglo xx, la reconciliación europea como base para su integración, la extensión de la democracia por todo el mundo en las últimas décadas o la creación de instituciones multilaterales como las nacidas en Bretton Woods y en San Francisco.



Me detengo en este último aspecto, el del multilateralismo, precisamente porque ha sido el más cuestionado. Su mayor éxito desde 1945 se ha centrado en el campo comercial al proporcionar, primero con el GATT y actualmente con la OMC, unas reglas del juego que no sólo han servido a los países más ricos sino que han permitido a Estados subdesarrollados como China e India progresar y convertirse en potencias emergentes. En el ámbito político el balance no es tan favorable, pero Naciones Unidas sigue siendo el único foro concebible para generar legitimidad internacional, es decir, para construir un orden global aceptado por todos.

Detrás de todas esas grandes realizaciones a las que me he referido hay valores que conservan intacta su capacidad para inspirar y movilizar a las personas y a los países: la libertad, la igualdad, el respeto y la tolerancia. La creación de un nuevo Occidente pasa sin lugar a dudas por una revitalización de esos principios y de esos ideales. Y ello significa, sin ir más lejos, combatir el terrorismo con las armas del Estado de Derecho, sin buscar atajos que van minando la legitimidad de nuestra lucha al tiempo que le restan apoyos imprescindibles, tanto en nuestras sociedades como en las de terceros países. También implica eliminar la existencia de dos pesos y dos medidas en la aplicación de las resoluciones internacionales para la solución de conflictos. Mientras no haya un mismo rasero para todos, habrá pueblos que se sientan excluidos del sistema internacional, alimentándose así una espiral de odio que envenena la convivencia.

Este nuevo Occidente es, en definitiva, una comunidad de valores que no quiere permanecer encerrada en las fronteras geográficas de Europa y Norteamérica, por más que en esas dos áreas se encuentre su núcleo original.

Es un conjunto abierto a todos aquellos países que comparten unos mismos principios, empezando por las repúblicas latinoamericanas, nacidas bajo el poderoso influjo de los vientos de libertad que soplaban desde París, Filadelfia o Cádiz. Hoy día la democracia es una realidad en la práctica totalidad de los países de la región y, a pesar de todas las dificultades —muchas de ellas derivadas de la desigualdad social—, una mayoría de ciudadanos sigue plenamente comprometida con la defensa y promoción de las libertades.

Soy un convencido de que las voces latinoamericanas se tienen que dejar oír con más fuerza en el mundo como parte de esa comunidad de valores que nos vincula poderosamente. Hay además una realidad pujante que actúa en esa misma dirección: la inmigración latinoamericana en Estados Unidos, que la convierte ya en la principal minoría, y también en Europa, donde empieza a contarse por millones.

Hablamos, por tanto, de un nuevo Occidente que se rearma moralmente, que se abre a nuevas aportaciones, capaz de enriquecerse con otras contribuciones culturales y con voluntad también de influir en el mundo mediante la persuasión, en primer lugar con la fuerza del ejemplo. Un nuevo Occidente revitalizado que no se define contra nadie sino que quiere ser un factor de creación de legitimidad en las relaciones internacionales y de promoción de los ideales de libertad e igualdad que constituyen su misma esencia.

*Superados el colonialismo y la guerra fría, es necesario
refundar el concepto
de Occidente, que no ha de ceñirse a la geografía, sino basarse
en el multilateralismo
y valores compartidos y abrirse a otras zonas como América Latina.*

[Miguel Ángel Moratinos](#)

Hablamos de un nuevo Occidente en contraposición con otro ya caduco. Este viejo Occidente es antes que nada el colonial, que acabó generando opresión y explotación en nombre de una supuesta misión civilizadora. Otra noción superada de Occidente es la de la guerra fría,

ya que una vez desaparecida la Unión Soviética ha perdido todo el sentido que pudo tener. Finalizada esta etapa de bipolaridad, Estados Unidos queda como la única verdadera superpotencia —la "hiperpotencia" en el término acuñado por Hubert Védrine— y viven un momento unipolar. Sin embargo, la tentación unilateralista acaba siendo descartada años después, ya que produce efectos contraproducentes. EE UU no puede modelar el orden internacional en solitario y su poder no se traslada en una mayor capacidad de influencia, sino todo lo contrario.

Si Washington ha renunciado a la idea de liderar por imposición, Europa ha descartado también su definición como contrapeso al poder norteamericano. Estamos por tanto ante la oportunidad de rediseñar las relaciones transatlánticas e iniciar una nueva etapa de concertación para lidiar en común con los grandes desafíos de nuestro tiempo: el terrorismo, la proliferación de armas de destrucción masiva, la lucha contra la pobreza, la protección del medio ambiente o las pandemias, entre otros. Pero esta renovación de los vínculos a través del Atlántico exige una revitalización de los valores que son la razón de ser de Occidente. Ello requiere antes que nada un análisis crítico de las luces y las sombras de la herencia occidental para no olvidar nunca las lecciones del pasado. En efecto, no estamos inmunizados permanentemente contra errores como el imperialismo, el nazismo y el estalinismo y debemos por tanto permanecer vigilantes. Al mismo tiempo tenemos que inspirarnos en esas grandes realizaciones de las que nos sentimos más orgullosos: el triunfo sobre los totalitarismos en el siglo xx, la reconciliación europea como base para su integración, la extensión de la democracia por todo el mundo en las últimas décadas o la creación de instituciones multilaterales como las nacidas en Bretton Woods y en San Francisco.



Me detengo en este último aspecto, el del multilateralismo, precisamente porque ha sido el más cuestionado. Su mayor éxito desde 1945 se ha centrado en el campo comercial al proporcionar, primero con el GATT y actualmente con la OMC, unas reglas del juego que no sólo han servido a los países más ricos sino que han permitido a Estados subdesarrollados como China e India progresar y convertirse en potencias emergentes. En el ámbito político el balance no es tan favorable, pero Naciones Unidas sigue siendo el único foro concebible para generar legitimidad internacional, es decir, para construir un orden global aceptado por todos.

Detrás de todas esas grandes realizaciones a las que me he referido hay valores que conservan intacta su capacidad para inspirar y movilizar a las personas y a los países: la libertad, la igualdad, el respeto y la tolerancia. La creación de un nuevo Occidente pasa sin lugar a dudas por una revitalización de esos principios y de esos ideales. Y ello significa, sin ir más lejos, combatir el terrorismo con las armas del Estado de Derecho, sin buscar atajos que van minando la legitimidad de nuestra lucha al tiempo que le restan apoyos imprescindibles, tanto en nuestras sociedades como en las de terceros países. También implica eliminar la existencia de dos pesos y dos medidas en la aplicación de las resoluciones internacionales para la solución de conflictos. Mientras no haya un mismo rasero para todos, habrá pueblos que se sientan excluidos del sistema internacional, alimentándose así una espiral de odio que envenena la convivencia.

Este nuevo Occidente es, en definitiva, una comunidad de valores que no quiere permanecer encerrada en las fronteras geográficas de Europa y Norteamérica, por más que en esas dos áreas se encuentre su núcleo original. Es un conjunto abierto a todos aquellos países que comparten unos mismos principios, empezando por las repúblicas latinoamericanas, nacidas bajo el poderoso influjo de los vientos de libertad que soplaban desde París,

Filadelfia o Cádiz. Hoy día la democracia es una realidad en la práctica totalidad de los países de la región y, a pesar de todas las dificultades —muchas de ellas derivadas de la desigualdad social—, una mayoría de ciudadanos sigue plenamente comprometida con la defensa y promoción de las libertades.

Soy un convencido de que las voces latinoamericanas se tienen que dejar oír con más fuerza en el mundo como parte de esa comunidad de valores que nos vincula poderosamente. Hay además una realidad pujante que actúa en esa misma dirección: la inmigración latinoamericana en Estados Unidos, que la convierte ya en la principal minoría, y también en Europa, donde empieza a contarse por millones.

Hablamos, por tanto, de un nuevo Occidente que se rearma moralmente, que se abre a nuevas aportaciones, capaz de enriquecerse con otras contribuciones culturales y con voluntad también de influir en el mundo mediante la persuasión, en primer lugar con la fuerza del ejemplo. Un nuevo Occidente revitalizado que no se define contra nadie sino que quiere ser un factor de creación de legitimidad en las relaciones internacionales y de promoción de los ideales de libertad e igualdad que constituyen su misma esencia.

Miguel Ángel Moratinos es ministro español de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

Fecha de creación
29 agosto, 2007